



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Marta Cristina y S. S. AA. RR. los Serenos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>

NÚM. 14.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.  
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un  
año 66 rs.

**ADMINISTRACION:**

Plaza de San Jorge, imprenta de José Riús.

Se publica todos los domingos.

Valencia 6 Noviembre 1864.

**PRECIOS DE SUSCRICION.**

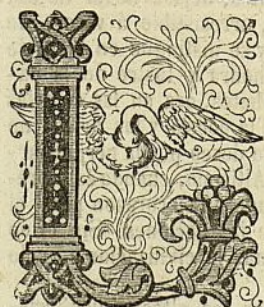
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses  
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-  
mar un año 120 rs.

**SUMARIO.**

Revista de la semana, por D. Rafael Blasco.  
—Fábulas ascéticas, por D. José Fernández Es-  
pino, (conclusion).—La villa Doria-Pamphili.—  
D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, por Don  
Gerónimo Flores.—Las ánimas, por D. Carlos  
Frontaura, (continuacion).—El beso, (poesía)  
por Doña Faustina Saez de Melgar.—A una mu-  
ger, (poesía) por D. Carlos Rubio.—Serenata  
morisca, (poesía) por D. Dámaso Delgado Lopez.  
—Tú y yo, (poesía) por D. Gustavo Adolfo Bec-  
quer.—Riña de gallos.—La hija del coronel Des-  
pard: Novela original, por D. Alejandro Buchaca  
y Freire, (continuacion).

**Láminas.** La villa Doria-Pamphili.—Ex-  
celentísimo Sr. D. Angel Saavedra, Duque de  
Rivas.—Gallo de combate de Guadalupe armado  
de cuchilla.

**REVISTA DE LA SEMANA.**



Las hojas comienzan á  
caer de los árboles,  
las noches son lar-  
gas y frescas, la  
naturaleza va po-  
niéndose seria y me-  
lancólica, como la  
cara del hombre que  
no tiene un cuarto,  
en una palabra, el invierno está encima.

La época por lo tanto no es de flores y  
aromas, sino de espinos y cardos silvestres, y  
es natural que esta revista se resienta de  
la influencia de la estacion.

Por lo demás, yo desearia que estuviera  
tan en armonía con la naturaleza que cada pa-  
labra fuera una espinosa y cada frase un cactus,  
y que no hubiera lector que se librara de dos  
ó tres docenas de pinchazos. ¡Cosa mas rara!  
dirán ustedes; pues era el único modo, re-  
plíco yo, de que conservaran un largo recuer-  
do de estas líneas.

El mundo es así: un favor se olvida, un  
agravio no se borra nunca; dé V. á un amigo  
un dulce y se lo come, y no le dá en cambio  
ni las gracias; déle V. un palo, y verá como  
las costillas le refrescan por mucho tiempo la  
memoria.

Sin duda en estas elevadas consideraciones  
filosóficas y en el adagio vulgar que las com-  
pleta: «Haceos de miel y paparos han mos-  
cas», se funda la antigua política española; y  
por eso nosotros hemos sido los camorristas  
del mundo por espacio de mucho tiempo.

Allí donde se armaba un tiberio, allí acu-  
dian los españoles, y si no se armaba lo armá-  
bamos nosotros, que el caso era andar conti-  
nuamente á cuchilladas, dando al traste con  
nuestros hombres y nuestros bolsillos.

Causas que no son de este lugar nos me-  
tieron en casa por algun tiempo, pero hoy  
volvemos á calar el chambergo, nos emboza-  
mos en la capa y echamos mano á la tizona

dispuestos á emprender de nuevo el abandona-  
do camino.

En poco tiempo hemos tenido una guerra  
en Africa, otra en Cochinchina y otra en San-  
to Domingo; no la hemos tenido en Méjico  
gracias al generoso arranque de un valiente  
soldado; pero en cambio estamos en visperas  
de rompernos la crisma en el Perú.

Si nuestros abuelos, aquellos abuelos que  
abandonaban sus hogares para poner una pica  
en Flandes, resucitaran, de seguro que esclama-  
rian:—Bien, chicos, no habeis degenerado.

Pero si despues estudiaran la historia del  
pais desde su fallecimiento (no el fallecimiento  
de la historia sino el de nuestros abuelos)  
hasta el dia, y estudiaran además el estado  
general del mundo, añadirían:—No habeis  
degenerado, pero nada habeis aprendido.

¿Qué se yo? me parece que nuestros abue-  
los tendrian razon al decir lo uno y lo otro.

Por fortuna, de la guerra de Africa ya no  
nos acordamos, aunque maldito el resultado  
obtenido; y de la de Cochinchina sucede otro  
tanto, aunque no llega cierta indemnizacion  
que se estipuló hace tiempo.

Los dominicanos se unieron, ó como se  
dice hoy, se anexionaron á España espontá-  
neamente, despues se sublevaron con la ma-  
yor espontaneidad y con la misma mataron  
nuestros soldados; ahora dicen que se some-  
ten de la manera mas espontánea, de modo  
que hay que confesar que son los hombres  
mas espontaneos del mundo.



Hablando en serio, nos alegraremos de que se realice la sumisión de los rebeldes, y de que no vuelva á derramarse en aquel país la sangre de nuestros soldados.

El lío ahora se ha armado en el Perú; allí somos fuertes posesionados de las islas del guano que valen mas que si fueran minas de oro, y pronto saldrá Pareja con un *ultimatum*. Si los peruanos no dan satisfacciones se tomará el Callao y se les destruirá la escuadra.

Por supuesto que no será una gran pérdida la de esta escuadra; porque está reducida á dos ó tres buques con media docena de cañones, y á un conato de vapor blindado que no resistirá á dos mil metros el disparo de una carabina rayada.

Cuando se termine este asunto veremos á donde vamos á meter ruido, porque eso de pensar que hemos de estarnos tranquilos es pensar en el preste Juan de las Indias. Yo tengo para mí que si no hacemos ruido fuera, lo haremos dentro de casa.

Verdad es que esto no nos falta en la actualidad: acabamos de pasar por unas elecciones municipales y tenemos en perspectiva otras para diputados á Cortes; además vienen los nombramientos de alcaldes y los de jueces de paz, lo cual quiere decir que hemos tenido zambra, que tenemos zambra y que continuará hasta que Dios quiera.

Si en casa sucede esto, por la vecindad no andan mas avenidos. El convenio franco-italiano ha dado mucho que decir, y en mi concepto ha de dar mucho que hacer para en adelante.

La salida de las tropas francesas de Roma en el término de dos años es un grave suceso cuyas consecuencias nadie puede prever, pero que de seguro han de ser funestas al pontificado.

El emperador de los franceses se ha embozado en la capa de la diplomacia para tirar á mansalva una pedrada política.

Continúa la guerra de los Estados-Unidos, aunque ya se van cansando aquellas buenas gentes de andar al estriote y se ha formado un partido numeroso que desea la paz. Es lo mejor que pueden hacer.

Hablemos de otra cosa. A veces he pensado que si hubiera nacido rey me hubiera repugnado mucho el casarme con una persona desconocida ó que no tuviera mis simpatías, y he dado gracias á Dios, que me ha colocado en posición tan humilde, que tengo amplia libertad de escoger en materia de bellezas femeninas.

Ahora debo confesar que no hubiera tenido inconveniente en llevar la corona, al menos en Rusia, donde los príncipes parece que se casan siguiendo los impulsos de su corazón.

El príncipe heredero ha elegido para esposa á la princesa Dagmar, de Dinamarca, porque según dicen, le ha agradado más que otra alguna de aquellas entre las cuales podía escoger. Esta princesa cuenta apenas diez y seis años y es muy bella; el nombre Dagmar en idioma escandinavo significa *Virgen del día*.

Me parece que es hora de que volvamos á nuestro hogar, que bastante hemos andado ya por el mundo y aun me parece que ha llegado el caso de dar fin á esta revista.

Para terminar referiré una anécdota que me han contado en secreto.

Hace pocas noches en un palco del teatro Principal se hallaba una de las jóvenes mas bonitas y de mas talento de Valencia. Difícil es acertar su nombre por estas señas, porque son muchas las que se hallan adornadas de ambos privilegios.

Un pollo con lentes de los de la última era, que hacia dias la importunaba con sus pretensiones amorosas, se hallaba á un lado haciéndole protestas de cariño en el lenguaje mas grotesco que puede imaginarse.

—Yo no he amado nunca, le decia, yo abro ahora la flor de mi cariño al céfiro de los

amores, no sea V. cruel y ya que no me correspondo, eduque al menos mi alma, dirija mi corazón, enséñele V. á deletrear el alfabeto del amor.

—Ay, pobrecito mío, no puedo, le contestó la bella; no me he examinado todavía de maestra de primeras letras y la ley me prohíbe el ejercicio del profesorado.

R. BLASCO.

## FÁBULAS ASCÉTICAS,

en verso castellano y en variedad de metros por D. Cayetano Fernandez, de la Congregación del Oratorio, y de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla.

### (CONCLUSION.)

¿Y qué diremos de la Fabiola del Cardenal Wiseman, también hijo esclarecido de Sevilla? ¿Dónde hallar caracteres tan magistralmente pintados como el de Inés, San Sebastian, Fabiola y Mirian su esclava? Cándido lirio la primera, como él despidiendo suavísima fragancia por su hermosura, su inocencia, sus virtudes y su fortaleza sublime para el martirio: de levantado y heroico aliento el segundo, pero insinuante y apacible en su trato, y al par con esa energía incontrastable en el camino del bien, que resiste lo mismo á las seducciones que á las amenazas y la muerte: tan noble y atractiva en el error como dulce y encantadora cuando abre los ojos á la luz de la fe, Fabiola es uno de esos personajes que asombran por su colosal grandeza, y á quien viene á servir de esmalte la virtud casi divina de su esclava. ¡Oh! no es posible leer esta novela sin que se agranden las fuerzas del espíritu para la realización de todas las virtudes, y principalmente de aquellas que exigen la abnegación y el sacrificio. Si á esto añadimos los estudios y curiosos detalles que presenta de la sociedad romana, la habilidad con que une la parte de pura invención con la histórica, y las noticias arqueológicas que encierra, podrá decirse con razón que Fabiola es en su género uno de los mejores libros del mundo.

Cuando la novela sigue este camino, después de ser claro espejo de la sociedad en que se escribe, y de enseñar en breves horas lo que la experiencia no enseña sino tras largos años y á costa de crueles decepciones, es dulce solá del alma, lenitivo en nuestras tribulaciones, y estímulo al bienhechor, y novísimo ejercicio de las virtudes.

No, no podía el Sr. Fernandez anatematizar la Novela de un modo absoluto en la fábula á que nos hemos referido: alude únicamente á la inmoralidad de muchas y á sus tristes y escandalosas consecuencias. En otra fábula en que rinde el justo homenaje de su admiración al insigne autor del Ingenioso Hidalgo, lo revela claramente, y no debe perderse de vista que la historia literaria de todos los países no presenta un solo escritor que en la Novela pueda colocarse al lado de Cervantes. Como novelista, pues, le elogia el autor. ¿Lo haría si fuese contrario al género en que escribió? Oigámosle:

*Perdon, Cervantes, si mi musa indiestra  
Tiene en boca á tu andante caballero,  
Y en union del buen Sancho, su escudero,  
Lo saco á relucir á la palestra.*

*No te canse penar ni te dé grima  
Si á tu sombra mi ingenio se guarece:  
¿Por ventura el coloso no parece  
Mas grande si el enano se le arrima?*

*Perdona, pues, mi antojadizo empeño  
De seguirte un instante, aquí á mi modo,  
Que así verá mejor el mundo todo  
Cuán grande fuiste tú, yo cuán pequeño.*

Y aunque solo hemos citado esta fábula para demostrar la verdadera opinión del autor en punto á la Novela, ya que hablamos de ella y que es una de las mejores del libro, fijémonos

en el pensamiento que encierra. Demuéstrase en él que es ageno de la humildad cristiana ocuparse en las honras de la posteridad. El texto, tomado del Apocalipsis, dice así: *Opera enim illorum sequentur illos*. Para ello traba un diálogo con D. Quijote su escudero Sancho Panza, con motivo de una de sus desdichadas aventuras, en que, como frecuentemente le acontecía, cayó en tierra aporreado el buen caballero:

—Es posible, señor (así clamaba  
Al par que de las greñas se tiraba)  
Que la vida espóngais de estas maneras  
Inauditas y estrañas;  
Y, por vanas quimeras,  
Un porrazo lleveis y otro porrazo,  
Que este es siempre el laurel de las fazañas  
Del valor invencible de ese brazo?—  
—«Y qué importa morir ¡oh Sancho amigo!  
Si una tumba inmortal despues consigo?  
Es muy poco una vida; tres y ciento  
Daré yo muy contento  
Por reposar entónces  
En sepulcro de mármoles y bronces.

Continúa el diálogo con la misma naturalidad y donaire en que Sancho se burla de las vanidosas aspiraciones de su amo, añadiéndole que es contraria su opinión en la materia, y le dice de este modo:

«Que á decir lo que siento,  
Si mi antojo consulto,  
Pondré en mi testamento  
Que dejen mi cadáver insepulto.»—  
—«Eso no, voto al Cid. Como yo entienda....  
¿No ves, harto de ajos,  
Que tu cuerpo infeliz será merienda  
De las fieras, los buitres y los grajos?  
—«No osarán, pues, mi dueño D. Quijote,  
Me pondrá entre las manos un garrote  
Con que pueda ahuyentarlos....»

—Gran camueso,  
¿Te quedaste sin seso?  
Cuando muerto ya estés ¿cómo lo sientes,  
Si te clavan los picos y los dientes?»  
—«Pues si no he de sentir esos trabajos,  
Como todo pelgar que el ojo cierra,  
Lo mismo se me dá me coman grajos,  
Que me coman gusanos bajo tierra.»—  
—«Ya te entiendo, follon, con qué rodeo  
Te vienes á burlar del Mausoleo!»—  
—«Lo que digo, señor, es que la muerte  
Debe hacernos pensar muy de otra suerte.»  
—«¿Oh que estrecho que vás, amigo Sancho!»  
—«Estrecho no, que hasta mi nombre es ancho;  
Mas oí esta verdad al señor cura,  
Y aquí la encajo aunque parezca dura.»  
—«¿Cuál?»

«Después de la humana batahola,  
El cuerpo quedará en la podredumbre;  
Las obras seguirán al alma sola  
Hasta que el Sol de eternidad alumbré.»

No hay duda que la máxima con que termina la composición es rigurosamente cristiana. Ante la Justicia Divina cada uno debe ser juzgado por sus obras: si éstas solo han respirado vanidad, orgullo, deseo inmoderado de que su nombre sobreviva á su muerte, y no han existido á su lado ningunas otras que reconcilien al hombre con su Criador, por mas que su fama no perezca con sus cenizas, nada habrá conseguido para su salvación. Lo mismo le acontecería si sin ese sentimiento vanidoso tampoco le acompañase ninguna acción meritoria. Mas cuando sin olvidar lo que debe á su Dios y á sus semejantes, déjase llevar de esa aspiración instintiva, irresistible á veces, de la gloria mundana, y se distingue en bien de la humanidad y en honra y lustre de la patria, ora en los combates, ora en las ciencias ó las letras, ó ya en la poesía y las artes, no parece dudoso que ese deseo pueda perjudicarle ante el trono del Altísimo, cuando éste precisamente le ha grabado en su corazón para el progreso y gloria de las naciones. Sin él no habría adelantado jamás la civilización un solo paso.

Fijemos la vista en los altos géneos cristianos. ¿Pensaron que sus obras ó sus inclitas



acciones librarían su nombre del olvido? ¿Trabajaron á la vez que por el bien público también por esta causa con mas ardor? No creemos que con la vanidad presuntuosa al par que franca de Horacio, dijese, como él, refiriéndose á la fama póstuma, *non omnis moriari*. Pero los mismos santos, que fueron sabios, poetas, artistas ó guerreros, al distinguirse entre los demás hombres, seguros estamos de ello, no podrían separar de su alma, voluntaria ó involuntariamente, ese sentimiento, aunque vanidoso inofensivo, de perpetuar su memoria en el mundo porque nace de la aspiración ingénita del hombre á lo eterno.

Otra de las fábulas que nos han llamado la atención por lo trascendental de la materia y por la sencillez en la exposición, es la que lleva por título *La Cotorra*. Trátase en ella de la educación de los hijos.

Siendo ésta, en efecto, una segunda naturaleza, porque la niñez, blanda como la cera, déjase imprimir fácilmente en el corazón todos los sentimientos buenos ó malos, el descuido, el abandono, el mal ejemplo de los padres ó su demasiada contemplación puede ser para ellos mismos causa de graves infortunios, y de la perdición temporal y eterna de los que le debieron la vida. El autor demuestra en esta composición que los hijos no educados en el santo temor de Dios, son en su día, los verdugos de sus padres, valiéndose para ello de esta máxima tomada del *Eclesiastes*. *Confusio patris est de filio indisciplinato*. Dice así:

Era un padre D. Gil tan mentecato,  
Y en educar sus hijos fue tan nulo,  
Que la negra impiedad, el desacato  
Hallaban á sus ojos disimulo;  
Siendo siempre su frase acostumbrada  
Pse! Cosas de la edad. *Eso no es nada.*

Tantas veces soltó la frasecilla,  
Que la aprendió á decir una cotorra:  
Aplicando también la taravilla,  
Que apenas siente la infernal camorra  
Que suscitan los chicos, la taimada  
Entona con afán: *Eso no es nada.*

Mas los niños se hicieron zagalones,  
Y á su padre devoran á pesares,  
Y cuando el infeliz sus aflicciones  
Sin consuelo lamenta, por millares  
Execrando á su prole malhadada,  
La cotorra repite: *Eso no es nada.*

Ya de un hijo se encarga la justicia  
Por yo no sé qué fraude ó que violencia:  
Ya del otro recibe la noticia  
De que herido salió de una pendencia;  
Y al maldecir su suerte desastrada,  
Cántale la cotorra: *Eso no es nada.*

Pero al cabo ya es fuerza que se enoje,  
Y en sus hijos la cólera desfoja:  
Mas uno, el mas audáz, al padre coje  
Y entre sus manos con furor le ahoga.  
Y al despedir el alma angustiada,  
La cotorra le dijo: *Eso no es nada.*

Ay padres, madres, que en piedad y en orden,  
No educáis vuestros hijos! ¡indolentes!  
Cuando al fin en los vicios se desborden  
Serán vuestros verdugos inclementes;  
Y caro pagareis inocentada  
De decirles á todo: *ESO NO ES NADA.*

¿Y dónde hallaremos una explicación tan bella y tan filosófica y cristiana del tiempo relativo á que la eternidad ha de ser para cada uno según el uso que de él haya hecho? No cabe mas verdad ni mayor abundancia de pensamientos de este punto, y en tan breves líneas. Después de la introducción, pone en boca del tiempo, dirigiéndose al poeta, estas palabras:

Tú eres oro! me dice el comerciante;  
Su carrera me llama el estudiante,  
El labrador su afán; tan solo el necio  
Me condena al olvido y al desprecio.  
Quién me pinta con alas, quién sañudo  
Engullendo voraz un niño crudo,  
Unos dicen que calmo los pesares,  
Otros que los reparto por millares;

Los que gozan me tienen por ligero,  
Los que sufren por tardo y majadero,  
Los jóvenes me llaman su destino,  
Y los viejos me acusan de asesino,  
Y después de tan larga rociada,  
El filósofo dice que soy nada,  
Así, pues, en tamaño desconcierto,  
Quiero saber de ti lo que hay de cierto.

El poeta le responde:

Eres... mi salvación ó mi ruina!  
Esto me dice la verdad divina.  
Si te pierdo ¡ay de mí serás infierno!  
Si te ocupo en el bien, mi gozo eterno.  
—«Publica esa verdad!»—

Que el tiempo es llave  
De la honda eternidad ¡quién no lo sabe!

No terminaríamos tan pronto si hubiésemos de citar todas las fábulas que merecen especial mención, por la altura imponente de la idea cristiana y por la fácil naturalidad con que parece desenvuelta. Véanse las que llevan por título *La Dama y el Esqueleto*, *Los dos potros*, *El girasol*, *La lengua y la espada*. El siglo y el claustro, *La cuerda destemplada*, *El mas-tin y el lobo*, *El director de orquesta*, *El siglo XIX y el solicitario*, *El certamen de las pasiones*, *El sol y la luna*, *El aire y el insecto*, *El primogénito*; y no solo estas, sino casi todas, porque no hay una sola en que, al lado de la belleza literaria, no haya que celebrar la grandeza del concepto y la gracia de la expresión.

No faltará algún crítico, por demás severo, que llevado de rigor clásico, vea en alguno de estos apólogos mas seriedad que donaire, cuando no debe olvidar el poeta en la Fábula el recreo y diversión del ánimo, que solo pueden alcanzarse con un estilo epigramático y alegre, sembrado de gracejo. Verdad, diremos nosotros: el autor en su prólogo lo reconoce así, y desde Esopo y Fedro á Lafontaine, y desde éstos á Iriarte y Samaniego, ese ha sido el giro dado por todos los fabulistas á sus pequeños poemas. Mas prescindiendo de que muchos de esta época mas han atendido á la enseñanza moral y la agudeza del ingenio que al chiste en las fábulas acéticas del señor Fernandez, primeras de este género, hay asuntos que por su gravedad austera rechazan de sí todo recurso festivo, y ha sido en nuestro sentir muy cuerdo, dejándolos en su elevada altura. Bástales, además de las cualidades indicadas, la claridad; y esa es tan completa, que la inteligencia de la niñez es suficiente para comprenderlos sin esfuerzo alguno.

Por lo demás, en la mayor parte de sus fábulas no se olvida que ha estudiado á los grandes poetas de este género, y nunca le cede, y á veces les supera, en las dotes principales que constituyen al verdadero fabulista. Ahí están la de *Los canarios*, *El caracol y el cigarrón*, *La abeja y la lechuza*, *Los compadres*, *El leopardo y la ardilla*, y todas aquellas en que mas lo consiente la naturaleza del asunto. Sin rebuscar terminaremos con la de *El equilon y el gato*, para que se vea cuán fundado es nuestro juicio. El texto es de San Mateo. «Dicunt et non faciunt.»

Un equilon muy ladino  
Asomado á su tronera,  
Con limpio acento argentino  
Llamaba al culto divino  
Al pueblo de esta manera:

—«Parroquiano  
Mal cristiano,  
Ven á misa,  
Pues te avisa  
Que ya es hora  
Mi sonora  
Voz de alado serafín,  
Tin, tin, tin.

¿No te pasma  
Y entusiasmo  
Mi desvelo  
Y este celo  
Con que llamo,

Cual reclamo  
Del empírico confin?  
Tin, tin, tin.

Oyó el sonsonete un gato  
(El rubio Marramaquí)  
Desde el tejado inmediato,  
Y sin pizca de recato  
Hubo de argüirle así:

—«¡Linda pieza!  
¿No es rareza  
Que con tanto  
Son de santo  
Nunca al templo,  
Dando ejemplo,  
Descendió tu beatitud?  
Miau, miau.

Así digo,  
Que conmigo  
Tu palabra  
Poca labra,  
Pues no tiene  
Lo que viene  
A dar peso á la virtud.  
Miau, miau.

Quien las virtudes predique  
Sin dar á la vez ejemplo,  
Que no muy alto repique,  
No sea que se le aplique  
Lo que al equilon del templo.

¿Puede esponderse con mas donaire y sencilla claridad que el consejo sin el ejemplo no edifica?

Si además hay en estas fábulas inventiva y novedad de expresión en los asuntos, colorido y gracia en las imágenes, precisión y naturalidad en el diálogo, y concisión en las pinturas; si la versificación es amena, fácil y armoniosa; si la dicción es propia y castiza, y si encierran una colección de máximas cuya enseñanza es completa para la perfección de la vida moral y cristiana, no parecerá extraño el vivo placer que nos ha producido su lectura y la gratísima sorpresa que experimentamos al encontrar en el autor un excelente poeta y un admirable fabulista.

JOSÉ FERNANDEZ-ESPINO.

#### LA VILLA DORIA-PAMPHILI.

Las villas en Italia, equivalentes á nuestras quintas ó casas de campo, pero construidas con mucho mas gusto, son los oasis encantadores del inmenso jardín que bañan las aguas del Adriático y del Mediterráneo.

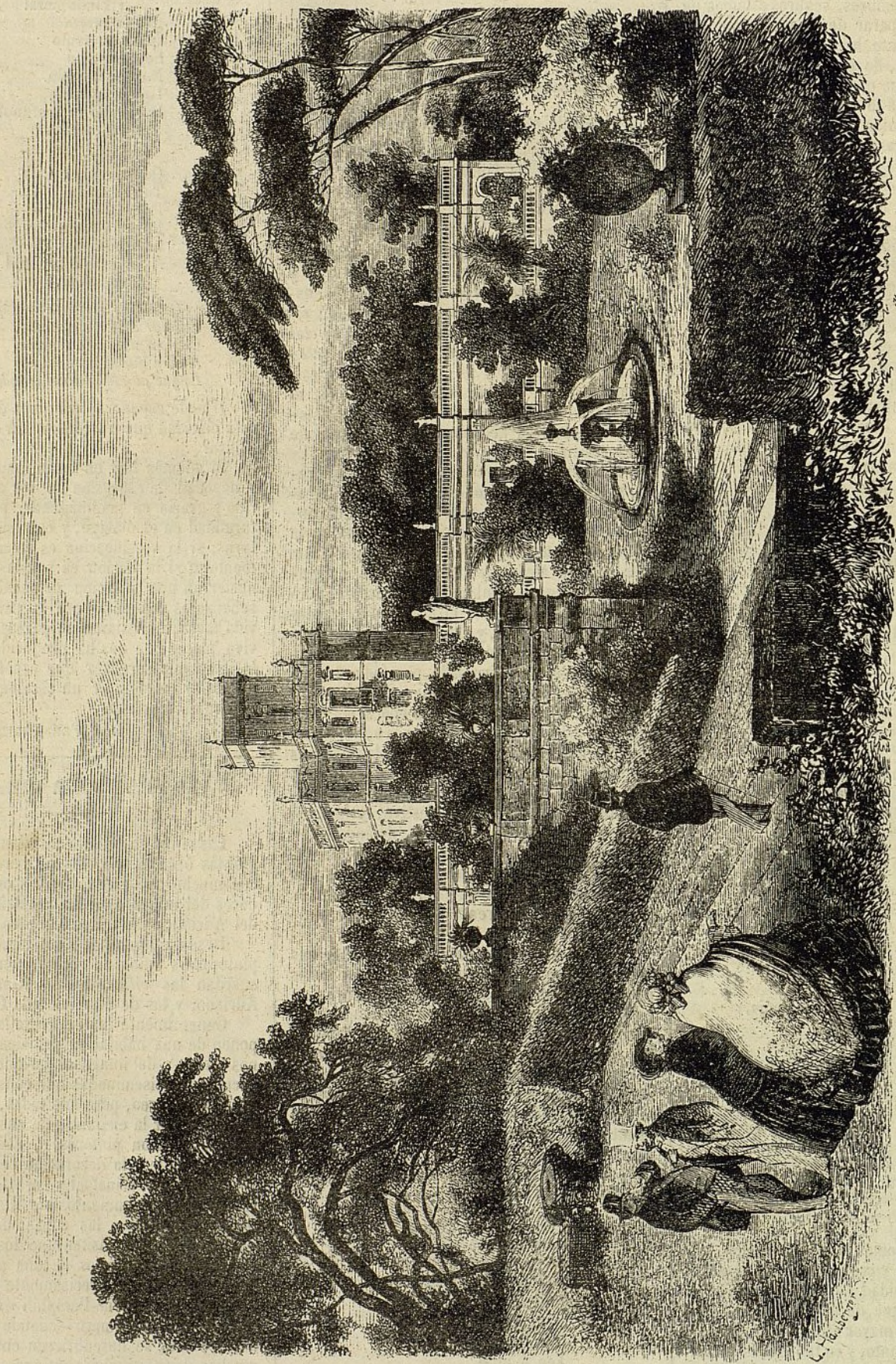
Desde antiguo han existido en Italia estos pintorescos sitios de recreo, como nos lo recuerdan las villas de los Gordianos y de Adriano, y las de Marcial y de Ovidio.

Generalmente las villas italianas se componen de una habitación principal mas ó menos vasta, y de inmensos jardines, donde se encuentran diseminadas mil construcciones de utilidad y recreo, pero que todas, aun las mas comunes, por la elegancia de sus proporciones y de su posición pintoresca, contribuyen armoniosamente á la decoración del conjunto.

El encanto principal y característico de las ruinas y los monumentos de Roma, los destrozos del tiempo, las capas de polvo y las lianas y yerbas parásitas que los decoran envolviendo los misterios de una grandiosa arquitectura, eso es precisamente lo que faltaba á la villa Doria-Pamphili—cuyo grabado acompaña este número—cuando aun no hace muchos años se descubrieron entre las yerbas muchas de las tumbas antiguas llamadas *colubarium*, que discretamente colocadas en el fondo de un bosquecillo, dan á estos magníficos jardines ese ligero tinte de melancolía, sin el cual nada hay de verdadero ni de completamente bello.

El elegante edificio que se vé en el centro del grabado con sus terrados y su parterre, es una de las mejores obras del Algarde, y es lo que se designa con el nombre *casino*. De su





LA VILLA DORIA - PAMPHILI.



riqueza artística solo diremos que su corte de honor la coronan doce estatuas de Césares sin contar otras muchas.

En cuanto á las demás obras de escultura que se ven en el interior de este edificio y sus jardines, la sola enumeración de las mas preciosas nos ocuparía aun algunas columnas.

Sus baños, sus salta-dores, y el canal y su cascada, con su apacible frescura, se unen á la salubridad y á las delicias de esta encantada residencia de verano.

Desde su torre-cilla ó mirador se contempla el Mediterráneo que le envía sus frescas y cariñosas brisas, y por cuya causa se denomina del *Bel-respiro*, que lleva juntamente con sus nombres de Pamphili y de Doria.

Esta última familia la ha heredado de la casa de Pamphili, que hoy ya no existe, despues de haber tenido un gran renombre y haber dado un papa á la Iglesia.

**D. ANGEL SAAVEDRA,**  
Duque de Rivas.

Cuando la revolución, rotas las áncoras y desgarradas las velas, vogaba perdida en un mar lleno de sirtes y de tempestades. Cuando Europa toda presentaba horribles escenas, cuando en Francia nos daban el triste espectáculo de arrojar á Dios de los altares para rendir culto á lo mas mundano. Cuando España entera se encontraba indignada y todo parecia velado por fúnebres vapores, se alzaba un astro en el horizonte del bello país, cuna de Lucano, de Juan de Mena y de Góngora. Córdoba, la ciudad de Almanzor, la primera en su siglo en cuanto á riquezas y poderío, la fuente de donde han brotado las poesías orientales llenas de idealidad, es donde nació D. Angel Saavedra.

Muy de tarde en tarde se presenta en la escena del mundo y entre la multitud de los hombres, un ser predestinado por la Providencia para servir de ejemplo de saber y de inteligencia. Génios extraordinarios nacidos para rejuvenecer la literatura y transmitir á la posteridad el sagrado fuego de la poesía, D. Angel Saavedra recibió la primera educación de Mr. Tostin, ilustre canónigo francés y de Mr. Verdiguier, escultor extranjero.

En la infantil edad fue condecorado con la cruz de caballero de justicia de la orden de Malta y pasó despues á guardia de Corps supernumerario.

D. Angel de Saavedra nació con la imaginación de un pintor y con el sagrado fuego de un poeta, imaginación lozana y privilegiada cual ninguna.

Cuando en 1802, Doña María Antonia, esposa primera del rey Fernando VII, llegó á Barcelona, un triste suceso acabó sus dias quedando sin el tierno apoyo de su cariñoso padre.

Desde entonces la poesía y la historia eran



**EXMO. SR. D. ANGEL SAAVEDRA,**  
duque de Rivas.

sus estudios favoritos é imitar queria en las primeras composiciones al célebre Herrera. En 1806 cumplia apenas 16 años y salió del seminario de Nobles de Madrid para incorporarse al regimiento de que habia sido nombrado capitán y que marchaba á las órdenes del marqués de la Romana en la célebre expedición del Norte.

En 1807 empezó á servir como guardia en las célebres jornadas de Aranjuez y el Escorial, siendo testigo de los disgustos y desavenencias que turbaron el reposo de la familia real de España.

En la gloriosa batalla de Bailén combatió por primera vez D. Angel, compartiendo los peligros y la gloria de sus compañeros en las orillas del Ebro y las márgenes del Orbigo.

Una lucha enérgica y continuada tenia entonces lugar entre los aguerridos soldados españoles y los hijos de allende el Pirineo, siendo teatro de tristes sucesos los campos de Ocaña.

D. Angel Saavedra salió herido en esta célebre batalla pasando por encima de su cuerpo el tropel de los combatientes que estaban á las órdenes del general Paris.

Un soldado español, llamado Buendia, nombre que aun pronuncia el ilustre personaje, fue el que le salvó de una muerte segura, siendo conducido con grandes trabajos hasta Villacañas en donde despues de curado compuso aquel bello romance que empieza:

Con once heridas mortales  
Hecha pedazos la espada,  
El caballo sin aliento  
Y perdida la batalla.

En 1811, despues de la emigración, pasó á Cádiz en donde fue director del periódico

militar del Estado mayor que logró tanta aceptación; compuso el célebre poema *El paso honroso*, dando á conocer la pureza de su lenguaje y la profundidad y elevación de los sentimientos.

Las letras, las artes, las ciencias y las armas nacieron con él.

Como militar se distinguió por sus buenos servicios, como pintor logró adquirir una reputación en la academia de Cádiz, y como poeta ha extendido sus alas remontando el vuelo hasta la mayor altura.

El ilustre Ranz Romanillos, y el poeta D. Manuel M.<sup>a</sup> de Arjona, le dieron su amistad y desde entonces creció su afición á la poesía.

Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios, las costumbres de los griegos y romanos, la política de las revoluciones modernas trasportadas al foro de Roma; tal era el fondo de la poesía que habia cultivado.

A fines de 1813 publicó un tomo de poesías, compuso la tragedia *Ataulfo* y *Aliatar*, alcanzando un éxito prodigioso esta última: siguió á éstas *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, imprimiendo en 1819 la segunda edición

de sus poesías corregidas por D. Juan Nicasio Gallego, persona que distinguió en extremo á D. Angel, como lo prueba un soneto que le dedicó el día de su santo.

En 1822 fue elegido diputado á Cortes como digno representante de la provincia de Córdoba. Sus discursos siempre eran escuchados con predilección mereciendo repetidas veces los honores del aplauso; sus discursos son amenos, sonoros y melodiosos como su poesía.

Despues de los desastrosos sucesos de que fue víctima cuando su viaje á Inglaterra y mas tarde á Malta, encontró en este último punto una lisonjera acogida, dedicándose entonces con gran entusiasmo á la poesía, viéndose lejos de su patria y su familia.

Los recuerdos y las esperanzas son mas poéticos siempre, que la inmediata posesión de las cosas. Rousseau ha dicho que para pintar las delicias de la libertad no hay nada mejor que estar encerrado en un calabozo estrecho, así como en un abrasado desierto las encantadas orillas de un rio.

En las lejanas playas de Malta compuso el *Arias Gonzalo*, la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, y el *Moro espósito*.

En 15 Mayo de 1831 heredó D. Angel la grandeza de España, títulos y bienes pasando á ocupar su puesto en el Estamento de Próceres.

El drama *D. Alvaro ó la fuerza del Sino*, escrito por esta época causó la mas grata impresión entre los escritores notables, y el público en general.

A los seis años justos de haber heredado el título de Duque de Rivas, fue nombrado Ministro de Gobernación, desempeñando



tan difícil cargo con toda la dignidad, decoro y conciencia de que era dueño absoluto D. Angel, prendas todas que hacían resaltar mas y mas su preclaro talento. Posteriormente se vió en situaciones muy críticas y en todas ellas procuró encontrar un lenitivo á sus pesares cultivando la poesía.

Los versos fluían de su vena como el agua en el manantial, siempre elocuente en la pintura de los sentimientos íntimos del pensamiento.

Escribió las tres comedias tituladas *Lances de un prisionero*, *El crisol de la lealtad* y *La morisca de Alajuar*.

En 1842 escribió *El desengaño en un sueño*, obra de altísimo mérito y en donde se encuentran los mas sublimes pensamientos y la mas atrevida versificación.

A mediados del 43 fue nombrado Senador, mas tarde vice-presidente del Senado, confiándole S. M. la legacion de Nápoles, y condecorándole con la gran cruz de San Juan de Jerusalén.

Todas las sociedades literarias y academias de Italia le enviaron sus diplomas.

Escribió la *Historia de la sublevacion de Nápoles*, y una leyenda titulada *La azucena milagrosa*.

De regreso á España, y á su paso por Roma, Su Santidad le colmó de favores agraciándole con la gran cruz de la orden Piana.

Hoy, el Gobierno de S. M., reconociendo su indubitable mérito le ha honrado con la Presidencia del Consejo de Estado, y la Real Academia Española tiene el honor de contar como presidente á nuestro eminente poeta el Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, Duque de Rivas.

GERONIMO FLORES.

## LAS ÁNIMAS.

(Continuacion.)

### IV.

Una noche, en uno de los primeros puerros de España, se embarcaba el regimiento de Juan y Andrés al són de la música, y entre las mas entusiastas aclamaciones de la poblacion, que habian acudido á despedir á aquellos valientes, que iban á defender la honra de la patria.

Y dominando el ruido de las aclamaciones y el grato marcial sonido de la música del regimiento, se oía el triste toque de ánimas, que traía á la memoria de Juan el doloroso momento en que, años antes, estrechó por última vez la mano de su amada, y besó la venerable frente del anciano padre, y se despidió con lágrimas de la aldea donde dejaba todas sus esperanzas de felicidad.

Y Andrés recordó tambien la tierna despedida de los dos amantes, y adivinó el pensamiento de Juan, y la esperanza que le animaba de que Dios habia de protegerle en la campaña y permitirle volver un día á la aldea á unirse para siempre con su amada Teresa.

Iban uno al lado del otro, el uno tranquilo, casi alegre, con la conciencia de que iba á cumplir su deber, y de que en el mundo habia un alma pura, que rogaria por él constantemente, y el otro temeroso y sombrío, solo en medio de sus compañeros, con su odio y su egoismo, irritado de aquel entusiasmo, lleno de pavor á la idea de que una bala enemiga podia cortar el hilo de su existencia, aunque ésta era para él, desprovisto como estaba de toda afeccion noble y generosa, un martirio constante.

### V.

Ruda fue la campaña, y muchos de los valientes soldados españoles cayeron atravesados por traidoras balas enemigas.

Juan no se apartó un momento de Andrés y fue siempre su mas decidido protector, viéndose mas de una vez en grave peligro por de-

fender á su compañero y hermano, y encareciendo á toda hora el valor de Andrés delante de sus gefes y compañeros, é inventando acciones heroicas que Andrés no era capaz ni de comprender siquiera, de las que Juan decia haber sido testigo, cuando en el silencio de la noche velaban los dos en algun punto lejano del campo del ejército.

Y era tal la confianza que inspiraba Juan á sus gefes, y tal la fe que se daba á sus palabras, que aun cuando todos habian creído hasta entonces que Andrés era un gallina de marca mayor, logró el cariñoso compañero de aquel hombre abandonado de Dios, que se rectificase el juicio fundado en no pocas pruebas anteriores, y se tuviese á Andrés por un valiente de lo que él mismo se asombraba, con lo cual el general no pudo menos de igualar en la recompensa á Juan y Andrés, concediendo á los dos una cruz, que el primero agradeció sobre manera, no por él, sino por su hermano Andrés.

Y Andrés seguía odiando á Juan.

Alguna vez sentía como vergüenza de aquel odio, pero el demonio de la envidia, que es el demonio de mas mala intencion que puede haber, sin que los otros demonios la tengan tampoco buena, se habia apoderado de Andrés, y como éste no rezaba, ni volvía jamás los ojos á Dios, aquel enemigo estaba como en su casa en el espíritu de Andrés, sin hallar fuerza mayor que destruyese sus malas artes y nefandos intentos.

Muchas veces, cuando se hallaban los dos en observacion de los movimientos del enemigo, en algun punto avanzado, y veía á Juan apoyado en su fusil, con los ojos fijos en el horizonte, y pensando sin duda en su amada Teresa, y en la felicidad que le esperaba cuando terminada la campaña, pudiera volver al pueblo, y ver á su padre, y comprar un pedazo de tierra que labrar, y no separarse nunca de Teresa. Andrés levantaba instintivamente el fusil, y llevaba la mano al gatillo, con la intencion de dar muerte á Juan; pero un movimiento de éste, el leve rumor de algun reptil, que se deslizaba por entre el musgo, una ráfaga de viento, su misma sombra le hacían temblar, y la mano se le quedaba inmóvil, y Juan que le veía muchas veces en esta actitud hostil, al mismo tiempo que cobarde, no imaginaba nunca la verdadera intencion de Andrés, y solo atribuía al miedo supino que sabia le dominaba, aquel asombro y aquella postura, y se apresuraba á tranquilizarle, y á procurar infundirle un valor que no cabía en el alma ruin de aquel desdichado.

Iba á darse una batalla decisiva; ardía la noble sangre española en las venas de nuestros soldados; todos los cuerpos de ejército se disputaban la honra de formar la primera linea y únicamente Andrés deseaba ardientemente ocupar el último puesto de la última retaguardia, y aun mas atrás si pudiera ser, ya que el estado de su salud no le permitía quedarse en el hospital al cuidado de las Hermanas de la Caridad.

Juan aceptaba el peligro con ánimo tranquilo, confiado en la misericordia divina, y con la satisfaccion de que si la muerte le era contraria moriría bendecido de Dios, y sería eternamente llorado por todos los que habian conocido sus nobles prendas, y la patria no abandonaría á su anciano padre, y éste caídaria de Teresa, que tendría á orgullo haber sido amado de un valiente, y no cedería al halago de otro amor.

El regimiento de Juan y Andrés fue uno de los destinados al puesto de mayor peligro.

El enemigo se batió bien, y el choque fue terrible, sin que en algunas horas cesase ninguno de los contendientes; agotadas las municiones y estrechadas las distancias, trabóse uno de esos horribles combates al arma blanca, en los que no hay mas arbitrio que matar ó

morir, y en los que el que cae herido es pisoteado por los demás, y en los que se egecutan los actos mas crueles, y se ven cadáveres horriblemente mutilados y desfigurados, entre los que difícilmente reconoceria una madre á sus hijos, ni la hermana al hermano, ni la esposa al esposo.

Juan cerró los ojos, se metió entre los enemigos, y encomendándose á la santa patrona de su pueblo, se abrió paso, hiriendo y matando, en defensa de su vida y de la felicidad de Teresa.

Solo un milagro de la Santísima Virgen pudo librar á Juan de las armas enemigas; los soldados contrarios quisieron en vano destruir aquel poderoso enemigo, y muchos de ellos mordieron el polvo, atravesados por la bayoneta de Juan, manejada con sin igual destreza. Pronto se ensanchó el círculo en que se hallaba encerrado Juan, los soldados enemigos empezaron á creer que aquel hombre estaba dotado de un poder sobre natural, y viendo muertos á sus gefes, huyeron cobardemente á la espesura de un bosque próximo, con ánimo tal vez de atraer allí al soldado español, y apoderarse de él. Pero Juan no los siguió; habia visto caer del caballo en medio de algunos de sus adversarios al gefe de su regimiento, y allí voló á salvarlo, si Dios se lo permitía. Y le salvó en efecto, y sobre sus hombros le condujo herido á sitio menos peligroso.

Esta accion valió á Juan que el mismo general estrechase afectuosamente su mano, y que sus compañeros le colmasen de bendiciones y le abrazasen tiernamente.

Y el enemigo emprendió la retirada, dejando el campo cubierto de los sangrientos despojos de la lucha.

Calmada la efervescencia del combate, Juan buscó en las diezmadras filas de su batallón á su compañero Andrés.

Andrés no estaba entre los soldados.

—¿Habría huido? se preguntó Juan, que conocía el poco ó ningún valor personal de su compañero.

Pero su noble corazón rechazó al momento esta suposicion. No le parecia posible, y no es posible en efecto, que un soldado español, por miserable que sea, se atreva á volver la espalda al enemigo, cuando se halla entre sus compañeros que, llenos de amor patrio, y obedeciendo á la voz del honor, corren al combate á vencer ó á morir como buenos y leales.

—¿Habría sido herido? ¿habría muerto? se preguntó despues, y esta idea oprimió su corazón y llenó sus ojos de lágrimas, como si se tratara de su hermano, de su mismo padre.

Preguntó á los soldados que habia empujado á recoger heridos, á los médicos, á las hermanas de la Caridad, pero en vano, porque nadie habia visto á Andrés.

Con permiso de su gefe, y con una linterna en la mano, sin tomar alimento, ni un instante de reposo, salió Juan á recorrer el campo, resuelto á no volver sin haber hallado á su compañero, aunque para ello tuviera que correr mil peligros.

En el momento en que emprendía aquella nobilísima accion, los cornetas tocaban á la oracion; era la misma hora en que habian salido juntos de su pueblo natal Andrés y Juan.

Juan se arrodilló un momento, junto al cadáver yerto de uno de sus compañeros de armas, y rogó al Todopoderoso por su hermano Andrés.

Y en medio de las sombras de la noche, que triste y sombría, como lo es siempre despues de un día empleado por los hombres en destruirse, tendía su fúnebre manto sobre aquel campo de horror, comenzó á reconocer los cadáveres uno por uno.

(Se continuará.)  
CARLOS FRONTAURA.





## POESÍAS.

## EL BESO.

¿Qué es un beso? Es la emoción  
Que dos almas aproxima;  
Es fuego del corazón,  
Y de santa inspiración  
Es una chispa divina.

De una madre el beso amante  
Es un encanto supremo,  
Una delicia incesante,  
Y de abnegación constante  
El mas generoso estremo.

Es de un alma que suspira  
El mas dulcísimo bien,  
La mas hermosa mentira  
Que á su corazón inspira.  
Las delicias del Eden.

Es un beso puro y tierno  
El aroma de la vida,  
Es su aurora bendecida,  
Es un manantial eterno  
De felicidad cumplida.

Esencia del sentimiento,  
Emanación del placer,  
Luz pura del pensamiento,  
Que infundes almo contento  
Con el fuego de tu sér;

Ven á mí, tú eres la gloria  
Si emanas del corazón,  
Tú su dicha mas notoria,  
Tú en la lucha la victoria  
Que triunfas de la pasión.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

## Á UNA MUGER.

Brilla en tus ojos el recuerdo triste  
Del cielo del amor que en los ensueños  
De tu inocencia viste,  
Y con tu melancólica sonrisa  
Parecesme la rosa de una tumba  
Mecida por la brisa.

Retirada del mundo como un lirio  
Que yace humilde al lado del torrente,  
Corona juvenil ciñe tu frente.....

¿Será la del martirio?  
¿Arrullan tu inocencia ensueños de oro  
Cual blancas hadas al dormido niño  
En amoroso coro,  
Ó, náufraga feliz, desde la orilla  
Miras la mar en cuyo fondo yace  
Deshecha tu barquilla?  
Si es así, ven y cuenta tus enojos,  
Llora en el tierno pecho de un amigo  
Que aun tendrán una lágrima mis ojos  
Para llorar contigo.

CARLOS RUBIO.

## SERENATA MORISCA.

Oye, huri deliciosa  
De las colinas,  
Donde nace el incienso,  
Brotó la mirra;  
Que por do pasas,  
El aire se esclarece,  
Brillan las auras.

Pura rosa encantada  
De Alejandria,  
Que das luz á los soles,  
Belleza al día;  
Y que tu aroma  
De cipros y jacintos  
Y de ámbar tomas.

Estrella del Oriente,  
Suelta gacela,  
Que el césped no apercibe  
Jamás tus huellas;

Que errante vagas,  
Y cálices de flores  
Son tus estancias.

Lirio del valle umbroso,  
Fuente sellada,  
De límpidos raudales,  
De dulces aguas;  
Que aves hermosas  
Quieren beber sedientas  
De amor ansiosas.

Blancas perlas tus dientes  
Son de Bassora,  
Tus ojos de diamantes  
Luz de Golconda;  
Y tu cintura,  
Es cual caña del Tigris  
Que al viento ondula.

Jacintos son tus manos  
Ricas de nácar,  
Topacios son tus uñas  
De azul miniadas;  
Y tus cabellos  
Irradian cual los soles  
Límpios destellos.

Pétalos de las rosas  
Son tus megillas,  
De amor grande tesoro,  
Mar de delicias,  
Mágicos nidos,  
Donde duermen los genios  
Del paraíso.

Son cual flor de granado,  
Rojos carmines,  
Que brotan de los cálices  
De los jazmines:  
Y ante sus galas,  
Las aves en su vuelo  
De amor desmayan.

Pura lumbre brillante  
De blanca aurora,  
Que el sol con sus fulgores  
Régio se adorna:  
Que tus megillas  
Son de amores tesoro,  
Mar de delicias.

Tu belleza es la gloria  
Reina del cielo,  
Que impera en los espíritus,  
Vierte consuelos:  
Sol que ilumina  
Con sus tibios fulgores  
El alma mía.

¡Ay! no olvides, hermosa,  
Que vive un alma  
Solo de tus amores  
Con la esperanza;  
Y que muriera,  
Si de tus negros ojos  
La luz no viera.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

## TÚ Y YO.

Cendal flotante de leve bruma,  
Rizada cinta de blanca espuma,  
Rumor sonoro del arpa de oro,  
Beso del aura, onda de luz,  
Eso eres tú:

Tú, sombra aérea que, cuantas veces  
Voy á tocarte, te desvaneces,  
Como la niebla, como el sonido,  
Como la llama, como el gemido  
Del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,  
En el vacío cometa errante,  
Largo lamento del ronco viento,  
Vaga esperanza de algo mejor,  
Eso soy yo.

Yo, que á tus ojos en mi agonía,  
Los ojos vuelvo de noche y día;  
Yo, que incesante corro en mi empeño  
Tras una sombra, tras el ensueño  
De un loco amor.

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

## RIÑA DE GALLOS.

## GALLO DE GUADALUPE.

Entre las luchas que conserva nuestra sociedad como resto de otra época sangrienta y guerrera, figura la que se conoce con el nombre de *Riñas de gallos*, pero aun cuando en España hay alguna afición á ellas, nuestro circo gallístico, solo se ve concurrido por escaso número de espectadores, muchos de los cuales están interesados en la lucha ó se interesan en el estadio, inspirados por el valor, serenidad ó astucia de los combatientes, ó las noticias que á sus oídos han llegado de las especiales circunstancias de cada uno de los campeones.

Pero no sucede así en otros países, especialmente en Inglaterra, India, California é isla de Guadalupe, y en la Habana, capital de nuestra isla de Cuba. En esos países, cuya mayor parte tienen por ascendientes razas indómitas, conservan todavía una parte de su antigua bravura salvaje; y aunque no sea mas que por instinto, ven con placer esas luchas que nos recuerdan con horror los sangrientos espectáculos del anfiteatro romano.

Pero hay mas; no solo la civilización no ha podido modificar en ellos esos instintos sanguinarios, que como nuestras corridas de toros son impropias de la época que atravesamos, sino, que allí donde la civilización y cultura se dice ha llegado á su mayor apogeo, el espíritu especulador ha venido á hacer aun mas repugnante ese espectáculo. En Guadalupe, sobre todo, ofrece una perspectiva tan bárbara, que para que nuestros lectores puedan comprenderla, representamos en otro lugar al gallo de aquella isla armado de la cuchilla que se sujeta á su espolon.

Entre nosotros no se emplean, ni deben emplearse, mas armas que las que la naturaleza ha dado á tan vigoroso animal, y esto solo bastaría por sí solo para marcar una profunda diferencia entre el carácter extranjero y el que nos es propio por gracia de Dios. Resulta, pues, que si estos espectáculos han podido alguna vez entretener á los que á ellos acuden, en Guadalupe y demás puntos donde se les arman con punzones, lancetas ó cuchillas, el circo solo presenta el aspecto de una carnicería, donde falta lo principal, que es la lucha.

Allí, no se ofrecen las peripecias que hacen noble, hasta cierto punto, la lucha española, en la que cada campeón se presenta armado con su arrogancia, bravura y serenidad, como los antiguos paladines se encerraban en el estadio del torneo ó en el campo del desafío para probar su destreza y pujanza, al paso que en el anfiteatro extranjero, la cobardía puede muchas veces cantar victoria, como en los duelos á pistola sale muchas veces victorioso el fementido, porque el éxito de la pelea no se fia ya al valor y la destreza, como hemos dicho, sino á la casualidad, pues un gallo cobarde, puede aprovecharse del menor descuido de su adversario y rajarle completamente antes de que éste pueda defenderse.

Hoy que el espíritu de especulación se ha mezclado á todos los actos de la vida, no se quiere ya que la apuesta que se cruce tenga el valor del trabajo que cuesta ganarla, por la ansiedad que experimenta el interesado mientras dura el combate, confiado únicamente á las cualidades especiales de cada paladin; el dinero ha de ganarse, y cuanto antes sea, mas pronto se encuentra el ganancioso en disposición para emplearle en otra cosa, con tanta mas razón, cuanto que en aquel lance, solo es interesado su bolsillo, y nada absolutamente su sensibilidad.

Nosotros les abandonamos con gusto sus sangrientas riñas de gallos, porque ellas por sí bastan á caracterizar al pueblo que con tan-



to entusiasmo asiste á ellas y las sostiene, y son consecuencia necesaria de una secta de filántropos que obran constantemente por cálculo y nunca por impulso del corazón.

### LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

#### NOVELA ORIGINAL

POR

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuacion).

—Yo cuento con la inocencia de mi padre, y fío en el buen sentido de la sociedad y el recto juicio del jurado.

—No es fácil hacer constar la inocencia en muchos casos. Y la sociedad nunca mira las cosas bajo el punto de vista que debiera mirarlas; no hace mas que mostrar el desden del desprecio á ocultar la amargura de la envidia. A la sociedad solo le atrae la opulencia, y le halaga la adulacion. Cuando acude á un sitio en donde se ceba la desgracia, no lo hace mas que por saciar su inextinguible curiosidad.

En cuanto al jurado solo os diré que lo componen hombres de esta misma sociedad.

—¿Os gozáis en atormentarme?

—Solo os digo la verdad y esta suele ser amarga.

Si vuestro padre hubiera salido bien en su empresa, la sociedad os contemplaría como á hija de un héroe y se os tendría en mucho; y así, siendo la misma, os mirará como á hija de un criminal.

—¿Sois en extremo cruel! ¡Apartaos de mi presencia! Marchad lejos de mí. Contestó Elena con resolucion.

—Me voy Miss. Elena, replicó Iban á quien la sed de venganza se le pintaba en los ojos. Me voy, repitió, pero os advierto al marcharme que os teneis de arrepentir de vuestros desdenes.

Marchóse, y sola Elena volvió á su llanto que al instante fue interrumpido por la aparicion de Sergeant Best y un agente de policia.

—Yo soy, Miss. Elena, dijo Mr. Best, el abogado defensor de vuestro padre á quien no creo capaz de imaginar siquiera el crimen que se le imputa. Tres hombres de mal vivir y que habitan en S.<sup>a</sup> Giles son los que deponen contra él. Mas yo he llegado á descubrir que éstos han sido sobornados por un tal Iban á quien no conozco.

Vuestro padre me ha dicho que ese vil es un sobrino de vuestra aya, y me manda que esta muger salga inmediatamente de esta casa; que vos os quedeis acompañada de Juana vuestra criada, y que yo vele por vos.

Aquí traigo, añadió, sacando una carta, sus órdenes por escrito, y para el efecto he venido con un empleado de policia que vá á poner en la calle á Mrs. Smith.

Al oír Elena tales nuevas cayó desmayada y casi sin sentido sobre un sillón, á cuyo tiempo entró Juana con una copa de vino y unos biscochos. Esta acudió ansiosa al socorro de su señorita, y despues que lograron reanimarla, Mr. Best ordenó cuanto convenia para atender al cuidado de Elena, para quien el cielo tenia preparada una série de desyenturas.

#### IV.

Era Sergeant Best uno de los abogados mas inteligentes y de mejor reputacion del colegio de Londres, y como hombre era muy bueno y compasivo. Fue tanto lo que le afectó

el ver á Elena en tan triste estado, que tomó con tanto interés la causa de su padre, que durante las tramitaciones no se oía de noche ni de dia buscando los mejores medios para defenderle.

Por las declaraciones de algunos de los treinta individuos que estaban presos por la misma causa, se supo que los conspiradores estaban en inteligencia con otros descontentos de las provincias y que habian determinado organizar compañías, cada una de diez hombres, para dar su golpe de estado.

Despard, Francis, Wood y diez mas fueron juzgados por una comision especial. Sergeant Best desplegó su elocuencia de una manera indecible en defensa del coronel, negando que se hubieran probado actos positivos de traicion, y diciendo que en su concepto ningun crédito merecian las deposiciones de unos testigos entre los cuales uno de ellos se encon-



Gallo de combate de Guadalupe armado de Cuchilla.

traba resentido porque la hija del coronel no correspondia á su amor, el cual no tenia otro objeto que el de apoderarse de la dote de ésta, y que los otros eran todos gente de la mas perdida de cuantos habitan en S.<sup>a</sup> Giles. Y que por tanto era inverosímil y absurda semejante historia. Empero el jurado pronunció su fallo condenando á Despard, á Francis y á Wood por reconocerles como principales autores de la trama, aunque al paso recomendaba á Despard á la clemencia del rey, en atencion á que su anterior conducta habia sido la de un oficial valiente y súbdito fiel. Tambien fueron declarados reos siete de sus confederados; solo fueron absueltos dos, siendo abandonada la acusacion contra el duodécimo: por no haberse encontrado reunido en casa del coronel en la noche que Iban escuchó sus conferencias.

El rey Jorge III consultó á sus ministros qué convenia hacer en éste caso, y éstos le contestaron: Que Despard, Francis y Wood eran unos hombres sediciosos que alborotaban el pais; que la Francia estaba haciendo progresos irregulares en fuerza y poderío, y como pais enemigo de la Gran Bretaña pudiera ya-

larse de los descontentos para turbar la paz, y que siendo muy urgente que Inglaterra se preparara hacer frente á cualquier evento, no era bueno que se dejare impune un acto tan grande de sedicion, que por el contrario, se debia apelar á la egecucion de un rigoroso castigo, y de esta manera, escarmentados los conspiradores, para saciar sus belicosos instintos, se prestarian gustosos hacer la guerra á sus enemigos extranjeros y fuera del pais.

Convencieron al rey estas razones y condenó á Despard, á Francis y á Wood á ser ahorcados y decapitados en la plaza pública.

Notificáronles la sentencia é inmediatamente fueron puestos en capilla.

Francis y Wood oyeron temblando la notificacion. Despard, por el contrario, la escuchó con una calma y serenidad admirables, y despues de leida la sentencia exclamó:—¡Loado sea el Señor, él tenga misericordia de nosotros, ya que en su eterna sabiduría permite que triunfe la calunnia y perversidad de esos malvados! ¿Quién sabe las altas miras del Eterno?

Cada reo otorgó su testamento y nombró un sacerdote para que le auxiliara en tan terrible trance.

Despard que como militar no le arredraba la muerte, como padre sentia en el fondo de su corazón el mas intenso dolor, la idea de que dejaba á Elena en la mas completa horfandad no se apartaba un instante de su pensamiento.—¡Hija mia! exclamaba. ¿Qué va á ser de tí, sola y abandonada en este mundo, proceloso mar de iniquidad y de perfidia?... Cándida, inocente, pura como el blanco armiño, te vas á ver rodeada de apóstoles del vicio que como la vil araña tienden su engañosa y sutil red para aprisionar en ella al ligero y débil insecto. Por esto solo, decia, siento la muerte. Un hombre que te habia destinado para hacerte feliz, es tan desgraciado como yo, y mañana tiene que morir tambien en un cadalso por mi misma causa.

El sacerdote procuraba consolarle con máximas de religion manifestándole que Dios velaria por ella y que toda criatura por desamparada que se encuentre de los hombres, es tan preciosa á la vista del Criador como los reyes y príncipes de la tierra.

Francis sentia dejar el mundo porque en él quedaba Elena cuyo amor era su único bien, su felicidad y su dicha.

Wood solo suspiraba por un padre anciano á quien dejaba abandonado en la indigencia.

Cada uno de los tres sacerdotes que les auxiliaban procuraba tranquilizar á su penitente exhortándole con palabras de ternura.

Entrada la noche, como suele ser costumbre en Inglaterra, el Lord corregidor y su muger fueron á visitar á los reos y ayudarles á rezar; y como gracia especial quisieron tambien servirles la cena.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado.

LUIS FABRA Y CAVERO,

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.